

# Reseña de la novela *Casi siempre fue abril* del autor Hiram Sánchez Martínez

Por: Miriam Montes Mock

Buenas.

El célebre escritor francés Marcel Proust dijo en cierta ocasión, y cito mi propia traducción: «*La verdadera jornada, la única zambullida en la fuente de la juventud, no consiste en visitar tierras extrañas sino en poseer otros ojos. Consiste en percibir el universo a través de los ojos de otro, o de otros cien, ser capaz de ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es...*».

*Casi siempre fue abril*, del escritor Hiram Sánchez Martínez, es un relato en el que — según nos sugiere Proust— su autor nos presta los ojos para avistar un mundo que, de seguro, resulta desconocido para la gran mayoría de los lectores. Se trata de las vivencias de una mujer cuya infancia y adolescencia transcurren en un hogar con cuatro hermanas que tienen una severa discapacidad intelectual. El inusual evento trae, naturalmente, otros elementos asociados al universo de estas cuatro criaturas: un padre y una madre extremadamente ocupados con el cuidado de esas hijas y con escaso tiempo y energía para dedicarle a Wendy, nuestra protagonista, y a su hermana Matilde, las únicas descendientes que pueden valerse por sí mismas. Para complicar aún más el panorama, Matilde tiene serias dificultades para demostrar empatía o compasión, y adolece del mínimo sentido de disfrute de la vida. La situación provoca una creciente fisura afectiva y de comunicación entre las únicas dos hermanas que hubiesen podido apoyarse en ese mundo incomprensible en que les tocó vivir. El antagonismo entre ellas se recrudece cuando los padres fallecen y a las dos hermanas adultas les corresponde enfrentarse a los desafíos que les impone un nuevo espacio repleto de hostilidades, frustraciones y carencias.

*Casi siempre fue abril* es una novela inspirada en hechos verídicos. Es una de esas historias que palpitan con voz propia. Ahí está el relato: inaudito, cautivante, narrado con la delicadeza del detalle, con la inteligencia del que mira lo que no es obvio, con la sensibilidad del que se atreve a escarbar hondo. El texto nos deslumbra con sus descripciones cinematográficas, con la exquisitez de sus palabras. El lenguaje de Sánchez Martínez es diáfano, sensorial y rico en matices. Seduce al lector y lo persuade mientras lo encamina, con la mayor de las ternuras, a emprender un viaje por las cotidianidades y las psiquis de sus personajes. Es así como nos internamos en las añoranzas de Wendy, escuchamos el silencio reseco de su madre, sentimos las manos callosas y el ánimo recio de su padre, y hasta nos parece oler la baba espesa y espumosa que se desliza por el labio inferior de Charito, una de las cuatro niñas de este relato. Cada una de ellas tiene una manera de ser y hablar particular, que el autor subraya con respetuosa curiosidad. Por eso, en la medida que avanza la acción nos vamos acostumbrando también al revuelo infantil

de esas criaturas, a sus rarezas, a sus obsesiones incomprensibles y a sus singularidades, que parecen venidas de un mundo que no es el nuestro. Charito, Tati, Lulú y Loli son seres humanos. El narrador nos inserta en el universo en el que viven y funcionan, y lo hace con la meticulosidad de un observador riguroso. Mientras las conocemos, aprendemos a quererlas a ellas también. Lo hacemos sin explicación, justo como lo hicieron los héroes y heroínas de la obra: por puro afecto; como se aceptan, sin remedio, los designios de un Dios insondable.

Pero la obra, además, nos transporta a otros espacios vivenciales. A través de la voz narrativa, el lector participa de acontecimientos que son tan crueles e inadmisibles, como tiernos y profundamente conmovedores. Y, como ocurre con las buenas obras, *Casi siempre fue abril* igual nos indigna que nos embelesa. Sin embargo, es el tono de franqueza del narrador, esa honestidad que respiran sus palabras lo que logra arrastrarnos, internarnos y encandilarnos ante ese mundo de incongruencias. La jornada en la que nos recluta el autor es suficientemente poderosa como para hacernos olvidar quiénes somos. El narrador nos adentra en la magia de los personajes, y desde sus mundos, sentimos y padecemos justo como ellos sienten y padecen. Esa sensación, que a los lectores nos resulta tan... intensa, tan... arrebatadora, ocurre —me atrevo a aventurar— porque Hiram Sánchez Martínez también se dejó fascinar por esos seres tan particulares y a la vez tan contrapuestos entre sí. Me lo imagino lanzándose al vacío del recinto de sus personajes, un precipicio recóndito, ajeno a sus propias estructuras mentales, agarrado con una cuerda al tobillo, sin tener idea de lo que su hazaña sería capaz de provocar en él mismo y en sus lectores. Intuyo que para Sánchez Martínez narrar esta historia, rebuscar y descubrir las interioridades de estos protagonistas, fue un acto que entrañó tanta ingenuidad como osadía.

Me consta que Sánchez Martínez tomó muy en serio el ejercicio de investigar, crucial para embarcarse en el tenaz proceso de la creación literaria. Me contó, por ejemplo, cómo llenó páginas y más páginas de una libreta amarilla que llevaba a todas partes, en la que vaciaba las respuestas de la mujer que encarnaría a la protagonista de la obra. Hasta colocó en la pantalla de su computadora dos fotos de ella en sus años adolescentes, con la ilusión de que su rostro le revelara los enigmas que él luchaba por descubrir. Concluí, fundamentada en los extensos diálogos cibernéticos —y otros tantos en persona— que tuvimos Hiram Sánchez Martínez y yo durante el proceso de lectura y revisión de la obra, que su investigación desnudó ante él secretos insospechados, y que estos impusieron un *tour de force* en el bosquejo inicial que se había trazado para narrar la historia. Bueno, les soplaré una confidencia: «su» Wendy... escuchen bien... le reveló la existencia de un gran e inolvidable amor en su vida. Y yo sospecho que la magia de *Casi siempre fue abril* consiste en la sorpresa que experimentó el propio escritor, sí, Hiram Sánchez Martínez, también convertido en narrador y en uno de los personajes de la obra, al ser sacudido por las declaraciones que engendraba la verdadera historia. Sánchez Martínez, sin decirlo propiamente, se confiesa. Muestra sus entrañas. Sus dolores, sus obstinaciones. Vemos al abogado y al juez, al hijo de don Chalo y doña Carmen (como lo conocimos a través de su

libro de memorias), al esposo adorado de Iris, navegando en arenas movedizas, intentando componer, con la minuciosidad que le caracteriza, la historia en la que él mismo se internó irremediabilmente. El lector se convierte entonces en un investigador privado, en un estudioso de la conducta humana, mientras construye sus propias hipótesis fundamentadas en la lectura que, tal vez sin proponérselo, le hace al escritor de la novela. El narrador, sin quererlo, es ahora un personaje tan complejo como el resto de los actantes de la obra de ficción. Su costura se vuelve fina y transparente, tan sugestiva como la que muestran sus personajes, como la de una tela de araña en la que él mismo ha quedado atrapado.

Ahora soy yo la que me he hundido en arenas movedizas... Pero no. Hiram Sánchez Martínez sale más que airoso de la hiladera de historias entramadas. Porque a la postre, *Casi siempre fue abril* resulta en una historia de amor conmovedora y absolutamente creíble. Nada de cuentos color de rosa. Esta es una de esas historias de amor que son capaces de resistir embates virulentos y situaciones perturbadoras, tal vez porque contiene en sí misma el germen de las querencias que perduran. Pero aun más que la perpetuidad en la relación de pareja, el romance que el escritor describe posee la extraña cualidad de inclinarse por los ardores que palpitan, esos que, entre amantes, suelen apagarse con los años. Y el lector, se los juro, no puede menos que regodearse en páginas que exudan tanta sensualidad como ternura.

La trama de la novela reclama la verdad de las mentiras, como llamaría Mario Vargas Llosa a la magia que posee (o no posee) un escritor de ficción de persuadir al lector para que este viva, vicariamente, la ilusión de un mundo distinto al suyo. En ese caso, ya sea que la historia narrada se aleje o se acerque a ciertos hechos verídicos, la creación literaria alude siempre a la experiencia humana y, en palabras de Vargas Llosa, «destila ese delicado elixir de la vida: la verdad escondida en el corazón de las mentiras humanas». Por esa razón, Sánchez Martínez nos transporta a lo que bulle en el alma de sus personajes, que también se parece a los apetitos, los miedos, los deseos o los rencores que nos habitan. Es la única manera de mostrar, en todos sus ángulos y resquicios, la redondez de los personajes. Wendy, quien nos parece que encarna en la vida real al más grande de todos los amores del autor, no deja de cautivarnos por su fortaleza interna y por la bravura de dejarse querer, no empece a las penurias que le trajeron sus años infantiles y adolescentes. Wendy es también un cofre poblado de silencios e historias añejas. Sánchez Martínez muestra a una Wendy humana, con el descubrimiento de su sexualidad, sus desamores y abandonos y, lo que resulta inquietante, con la ilusión de un amor imposible de borrar del todo.

Con una mezcla de astucia y cariño genuino (esta es mi visión de la historia), el escritor logra destapar el baúl y rescatar de sus entrañas las memorias acuciosamente atesoradas por Wendy, a quien, como he dicho, ha convertido en el personaje que carga el mérito primordial de la novela. Pero se equivoca.

Es cierto que la Wendy adolescente es la chica silenciosa que lee novelitas de Corín Tellado y que se sobrepone, con la elegancia de las mujeres que se saben valiosas, a una

ristra de desamores y abandonos. Mas es también la mujer que ha sabido cultivar su propio huerto y dar alimento sano a los de ella. Es la amante preciada, la hija cundida de nobleza, la hermana protectora. Sus bondades, no obstante, se muestran como un sedoso velo de novia que ha sido cuidadosamente develado por un enamorado rotundo. Es él, Robert, quien descubre el inestimable valor de su amada.

La admiración del narrador hacia la protagonista es un hecho ineludible. Sin embargo, la obra exhibe otras complejidades. Hiram Sánchez Martínez es un abogado que se convirtió en escritor. O quién sabe... un escritor que se convirtió en abogado. Quizá porque resulta imposible separar a este par de siameses —su mente justiciera y su cerebro creador de historias bellas— tanto sus opiniones judiciales como sus obras de ficción evidencian una voz quisquillosa, detallista, clara y vertical. Esto es cierto para sus memorias, *Cuesta de los Judíos número 8*, ganadora del Premio Nacional PEN Club en el 2008, así como para sus libros de relatos *El marido de su amante y otros cuentos* (2009) y *Cuentos inveraces para ser creídos* (2010).

En la novela *Casi siempre fue abril* su mente se desdobra, como los actores que encarnan varios personajes, en tres actuaciones distintas. Es el creador-productor-director de la obra, en otras palabras, el que decide qué, dónde y cómo; o más bien, el que baraja los acontecimientos de modo que ellos mismos conformen un todo colmado de significados para el lector. Al creador de la novela le debemos que la historia galope; que nos mantenga en vilo, colgados de cada palabra que, como jinete sobre caballo de carrera, traerá sobre sus lomos la solución de sus conflictos. Es el que realza algunos eventos e ignora otros. El que, por esa misma razón, construye los aciertos y desaciertos de sus personajes, e inclina la balanza para que el lector simpatice con unos y aborrezca a otros.

De otro lado, Sánchez Martínez es también el narrador; en este caso, personificado en un semidiós que habla en segunda persona, enfocado, naturalmente, en Wendy. Como ya hemos dicho, el lector advierte la admiración de la voz narrativa por el objeto de su embeleso. Este narrador es el responsable de maniobrar la cuerda floja entre lo que dice y lo que sugiere; es decir, que la anécdota no pierda su claridad, pero a la vez que resulte provocadora. Es el que selecciona la precisión de las palabras, que también es un reflejo de la mente opinante del escritor.

Finalmente, Hiram Sánchez Martínez es alguien... bastante parecido a Robert, el personaje que idolatra a Wendy y que a la postre logra su amor. Para encarnar este personaje, nuestro escritor optó por la voz narrativa en primera persona, la cual justifica con itálicas. Esta voz narrativa es, debo decir, la más peligrosa. Es la más íntima. La que escarba sus propias verdades, la que hurga las intenciones y las emociones reales. La que se atreve a decirlo todo... Vamos, la que se descalza y anda sobre añicos de vidrio, asumiendo el riesgo de la vulnerabilidad. Asido de una voz tan honesta como apasionada, Sánchez Martínez, en labios de Robert, destapa sus interioridades y se lanza, como quien no teme la opinión ajena, al pozo de su corazón enamorado.

El otro aspecto espinoso que entraña la creación de esta obra, es la prueba que tuvo que haber implicado para Hiram Sánchez Martínez, como *homo sapiens* masculino puertorriqueño que asume con seriedad su rol de casado, el manejo de las revelaciones que se plantaron ante sus ojos, según escarbaba en la historia verdadera, y el valor que debió requerir la adaptación de esas realidades a una obra de ficción. Confieso que sentí admiración y agradecimiento. No les contaré los pormenores, pues les arruinaría la sorpresa del desenlace. Solamente mencionaré que Sánchez Martínez optó por internarse en las complejidades femeninas y respetar sus contradicciones, a pesar de que, según mi apreciación, estas no siempre se ajustaron a la lógica que domina su visión masculina.

El proceso de editar la obra encaró otros desafíos que resultaron tan interesantes como la versión final de la novela. Y como su autor me incluyó en el esquema, me tomaré el atrevimiento de compartir algunas intimidades con ustedes.

Hiram me había pedido, al igual que le solicitó a otros amigos suyos, que leyera y le comentara la obra antes de publicarla. Este es un proceso un poco incómodo, pero muy necesario, pues presupone que otros ojos lean e interpreten con la mayor objetividad posible lo que el autor escribe, y que compartan su opinión con el escritor —con la buena fe de contribuir a mejorar el texto—. Cuando me llegó el turno de revelarles mis observaciones, le comenté, entre otros asuntos, que me perturbó el uso de la palabra «loca» en su obra. Entonces él, tan apegado a la ciencia de los significados... que si el diccionario dice que «loca» significa tal o cual cosa, que la acepción de la palabra es correcta, que no estoy faltando a la verdad... y así por el estilo, nuestro escritor se pronunció, como juez desde su estrado, en contundente defensa de su litigio. Nunca había visto a un escritor tan feroz y tan eficaz en su argumentación semántica. Pero fue su esposa Iris, de quien Sánchez Martínez ha dicho que es su primera editora y crítica literaria, la que llamó mi atención. Ella, que también había reparado en la misma palabra, le respondió, con la suavidad y la concisión de su verbo, su opinión indeleble. El resultado: se eliminó la palabra «loca». Fue la primera vez que advertí entre ellos la fuerza femenina de quien ha aprendido a escoger sus luchas y a modularlas con la sabiduría de los sosegados.

Otra anécdota relacionada a mi aportación crítica previo a la publicación de la obra, tuvo que ver con el desarrollo de uno de los personajes ficcionalizados, horripilante, por cierto, a quien nos dio con apabullarla de sobrenombres: la mala, la bruja, Cruella de Vil... Resulta que inicialmente, en el primer manuscrito de la obra su nombre era Miriam. «¡¿Cómo?!», exclamé a través del correo electrónico. «¡¿Cómo es que le vas a poner un nombre tan bonito —¡¡MI NOMBRE!!— a un personaje tan monstruoso?!». (Esa era la entrelínea). Entonces, fui yo quien me convertí en la fiscal del caso. «Ponle un nombre feo», le dije, «como Hipólita, Fulgencia, Úrsula, o no tan feo pero que suene a mala, como Minerva o Matilde». Afortunadamente, el autor meditó en torno a mis argumentos y le cambió el nombre a Matilde, que... fíjense ustedes, suena a malvada, a maldita y a maligna. ¿No es cierto?

Finalmente, *Casi siempre fue abril* alude, en mi opinión, a la vida que ha bendecido a los protagonistas, la que ha sido capaz de colorear sus días, la que los ha obsequiado con el florecimiento que ocurre en la primavera, muy a pesar de los tiempos grises y mustios. Me refiero a los momentos por los que atraviesa sin remedio la pareja de la novela durante las seis décadas de vida que abarca el relato. En el plano tangible, fue abril el mes en el que Robert y Wendy se conocieron, lo que marca el feliz comienzo de su historia de amor. Abril también es la fecha del cumpleaños de la protagonista de la novela quien es, ya lo he dicho, el objeto de hondas emociones por parte del autor. En ese –y en muchos otros sentidos– la obra es un innegable homenaje a su esposa Iris. Y, en el ánimo optimista y enamorado de Robert, el título alude a que casi siempre el amor fue mucho más poderoso que la maldad o la miseria, según se desprende del desarrollo de sus personajes. A fin de cuentas, Hiram Sánchez Martínez nos ha embaucado a todos para que vivamos, suframos y gocemos junto a sus protagonistas la más bella de todas las posibles historias de amor: la suya.

Muchas gracias.

Presentación de la novela *Casi siempre fue abril* el 28 de octubre de 2014, en Le Petit Bistro, en Plaza Las Américas